

6. El Carácter Exaltado y la Gloria Sobresaliente de los Ángeles

Cuando el pecado entró en el mundo, la gloria de Dios fue retirada, y un oscuro velo de penumbra se extendió sobre él; Dios ya no hablaba con el hombre. Solo nos quedan unas pocas flores marchitas, unos cuantos puntos brillantes, para recordarnos la gloria perdida. Incluso los ángeles rara vez han sido vistos por los mortales. Los objetos más hermosos que contemplamos están estropeados por la deformidad y empañados por la decadencia. De ahí que podamos tener solo leves concepciones de la belleza y gloria sobresalientes de los seres celestiales. Pocas veces se ha abierto una brecha en las nubes, a través de la cual a algunos privilegiados se les ha permitido contemplar unos pocos rayos de la gloria del cielo. Y entonces estos han sido tan abrumados por ello que temieron morir. Así, el profeta Isaías, al tener una visión del cielo, exclamó: «¡Ay de mí! porque estoy deshecho; . . . porque mis ojos han visto al Rey, Jehová de los ejércitos» (Isaías 6:5). Cuando Moisés descendió del monte donde había estado con el Señor durante cuarenta días, su rostro resplandecía tanto con la gloria reflejada de Dios, que los israelitas, por temor, lo evitaban (Éxodo 34:29, 30).

¡Cuán brillantes y gloriosos, entonces, deben ser los ángeles que moran en la presencia inmediata del Todopoderoso! Algunos de los rayos de esta luz y gloria los envuelven cuando visitan este mundo. Así, cuando el ángel llegó a Pedro en la prisión, se dice: «Y he aquí, un ángel del Señor se le apareció, y una luz resplandeció en la cárcel» (Hechos 12:7). Del ángel que apareció en el sepulcro de nuestro Salvador se dice: «Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve» (Mateo 28:3). Y Daniel describe así la apariencia de un ángel que vino a él: «Y alcé mis ojos y miré, y he aquí un varón vestido de lino, ceñidos sus lomos de oro fino de Ufaz. Su cuerpo era como el berilo, y su rostro como la apariencia de un relámpago, y sus ojos como antorchas de fuego, y sus brazos y sus pies como de bronce bruñido, y la voz de sus palabras como la voz de una multitud» (Daniel 10:5, 6).

Que el lector considere por un momento qué majestad y gloria se describen aquí. El monarca más espléndidamente ataviado parecería insignificante en comparación. No es de extrañar que Daniel diga de los hombres que estaban con él: «Les sobrevino un gran temblor, y huyeron y se escondieron» (Daniel 10:7). Y tan extremadamente glorioso fue el ángel que se le apareció a Juan en Patmos, que el apóstol cayó a sus pies para adorarlo, suponiendo que debía ser el Señor mismo (Apocalipsis 22:8). De estos hechos podemos formarnos una idea de la gloria inigualable de los santos ángeles.

De la fuerza y el poder de los ángeles, la Biblia también habla en los términos más enérgicos. Juan dice: «Y un ángel poderoso tomó una piedra, como una gran piedra de molino, y la arrojó al mar» (Apocalipsis 18:21). El salmista habla de aquellos que permanecieron leales a Dios como «ángeles, poderosos en fortaleza» (Salmo 103:20). Cuando el ángel vino a llamar a Cristo del sepulcro, hizo temblar la tierra, y los soldados cayeron como hombres muertos delante de él (Mateo 28:3, 4).

Los ángeles se mueven con la velocidad del relámpago. Ezequiel dice que ellos «corrían y volvían a parecerse a un relámpago» (Ezequiel 1:14). Y Daniel dice que Gabriel voló del cielo a la tierra mientras él oraba (Daniel 9:21).

Los ángeles también tienen control sobre los elementos. Así, cuando el rey de Babilonia mandó calentar el horno a muy alta temperatura, y que se echara a los tres hebreos en él, el ángel del Señor vino, y estuvo de pie y caminó ileso en medio del fuego. No solo eso, sino que protegió a esos hombres de Dios de tal manera que sus vestiduras ni siquiera se chamuscaron (Daniel 3:19-27). Los ángeles también controlan las bestias salvajes. Esto lo vemos en el caso de Daniel siendo arrojado al foso de los leones. Esas bestias feroces se volvieron tan inofensivas como corderos. El ángel de Dios estaba allí (Daniel 6:22). De nuevo, pesadas barras son retiradas de la puerta atrancada, y la enorme verja de hierro se abre de par en par a la orden del ángel, cuando un hijo de Dios ha de ser liberado (Hechos 12). Así vemos que todos los elementos de la naturaleza, y los hombres, y las bestias, están sujetos al control de los ángeles.